

Variantes en la terminología de las publicaciones médico-científicas en lengua española: es aún posible consensuar un lenguaje común?

por Manuel Talens

El autor de esta nota opina que el lenguaje es un arma y que, como tal, se utiliza contra el adversario. Sostiene que el lenguaje nunca es neutro y que hasta la más insignificante expresión verbal lleva siempre la marca de su origen social.

La caída de Constantinopla a manos de los turcos a mediados del siglo XV, que cortó la fructífera ruta hacia Oriente iniciada por Marco Polo, sumió a la Europa cristiana en la angustia económica por encontrar una nueva ruta en dirección contraria y conservar así los pingües beneficios derivados de las especias. Fue eso, el miedo al islam combinado con el deseo de riquezas perpetuas, el auténtico motor que dio al traste con la Edad Media, inició el Renacimiento y, con éste, la modernidad.

El lenguaje, que es la expresión máxima de los humanos como seres inteligentes, estuvo en la vanguardia de aquellos cambios sociales que sustituyeron a Dios como centro del universo para reemplazarlo por el *homo mortalis*. No es nada casual si, en aquellos mismos años, el paradigma de la divulgación del lenguaje escrito –la imprenta– naciese mientras los Reyes Católicos consumaban la expulsión de los árabes fuera del territorio de la Península Ibérica, acontecimiento que tuvo lugar el mismísimo año en que Antonio de Nebrija sistematizó por primera vez en la historia la gramática de una lengua –el español– y que coincidió casi día por día con el viaje iniciático de Cristóbal Colón hacia esas Indias que no eran otra cosa sino América.

Si hoy señalo aquí una tras una esas supuestas coincidencias temporales –la imprenta, la gramática nebrijana y el inicio de la conquista de América– y afirmo que no fueron algo casual es

porque creo firmemente que el lenguaje es un arma y, como tal, se utiliza contra el adversario, al mismo título que las armas de guerra convencionales. La colonización de América, uno de los acontecimientos más significativos de la modernidad, cuyos efectos –buenos y malos– todavía se dejan ver, significó la destrucción de centenares de culturas y lenguas aborígenes en beneficio de las lenguas de la vieja Europa, que no en vano se apropiaron lingüísticamente de los territorios conquistados.

Las lenguas, instrumentos de poder, suelen ser depredadoras y a la hora de la verdad no admiten competencia. Ya había sucedido con el latín y volvió a suceder en América, donde los imperios nacientes delimitaron su territorio de acuerdo con códigos lingüísticos.

Naturalmente, no todo es negativo en este tipo de cuestiones. El tiempo suele desleír los peores atropellos y hoy en día nadie en la Europa de origen latino reniega del Imperio Romano, sobre todo porque es imposible rectificar el pasado. No puede decirse lo mismo, por ejemplo, de la actitud que aún suscita en ciertos ámbitos el antiguo imperio español, todavía denostado –con mucha razón– por infinidad de gentes en América, pero es que cinco siglos, parafraseando a Gardel, no son nada.

Una vez mencionados a vuelapluma los aspectos negativos del lenguaje como arma de devastación, comentaré sus aspectos positivos como vínculo unificador. La lengua de Cervantes, nuestra herramienta común que tanto nos hermana a españoles y latinoamericanos, permite hoy con una casi mágica facilidad que un andaluz nacido y criado a miles de kilómetros de aquí pueda dirigirse a ustedes en el hemisferio Sur sin que tengan la menor dificultad para entenderlo. Convengamos, por lo tanto, que el dolor original causado por la imposición forzada de este código comunicativo al menos ha servido para algo.

Sin embargo, no estoy aquí para adentrarme en el terreno de lo que nos une, sino de lo que nos presta una especificidad, sin por ello necesariamente separarnos. En el caso del español, no se trata solamente de un ramillete de palabras que sirven de chiste a ambos lados del Atlántico, ramillete del que forma parte, por ejemplo, el nombre de pila de esas mujeres llamadas Conchita que tanto abundan en España y que no pueden acercarse a la Argentina con impunidad. Tampoco me refiero a ese verbo maravilloso –según la situación en que uno se encuentre– que sirve tanto para agarrar como para amar y que ya Alejo Carpentier celebró, como lazo disyuntivo de nuestros países, en su libro de ensayos *Tien-*



Las lenguas, instrumentos de poder, suelen ser depredadoras y a la hora de la verdad no admiten competencia.

tos y diferencias. No, no se trata sólo de esos ejemplos aislados, porque si bien las palabras son el metal de que se compone el lenguaje, no son, desde luego, “todo” el lenguaje, el cual consta asimismo de gestos, ademanes, entonación, ideología, casta, obsesiones, complejos de superioridad, de inferioridad, aromas geográficos y otras muchas cosas más. Esas cosas, en un mundo sociocultural tan vasto como el nuestro, han propiciado que al español le suceda eso que los biólogos llaman “especiación” en el mundo animal, es decir, que del tronco genitor nacido en Castilla hayan surgido subpoblaciones más o menos autónomas que nos enriquecen, nunca empobrecen, pues el mestizaje, tanto en las lenguas como en la Biología, es una de las bendiciones de este mundo.

A veces surgen disputas entre los hablantes, pero no se deben al propio lenguaje, sino a la actitud del emisor cuando éste es incapaz de aceptar que las subpoblaciones surgidas de la especiación tienen el mismo derecho a la existencia que la especie primigenia. Cómo no citar aquí la célebre polémica que enfrentó a dos gigantes literarios, uno de la historia y otro de la literatura, unidos por la lengua y, al mismo tiempo, distanciados por la *ideología* del lenguaje. Me refiero a Américo Castro y a Jorge Luis Borges, quien en su ensayo “Las alarmas del Doctor Américo Castro” –incluido en el libro recopilatorio *Otras inquisiciones*– respondió al primero con un latigazo verbal cuando el “gallego” se atrevió a poner en solfa –de manera muy imperialista, como diríamos hoy– las peculiaridades del lenguaje practicado en la Argentina.

Sirvan estas breves palabras a modo de corto preámbulo para fijar las coordenadas de la exposición que se me pide para este congreso de traductores y que quizá sorprendan a más de uno de los lectores, ya que a pesar de la creencia común que atribuye al lenguaje de las ciencias una neutralidad sin tacha (pues, según dicen algunos, busca la “verdad” y ésta carece de ideología, ¿de verdad lo creen?), soy de los que sostienen en cualquier foro que el lenguaje –cualquier lenguaje– nunca es neutro y que hasta la más insignificante expresión verbal lleva siempre la marca de su origen social. Y

puesto que acabo de mencionar el origen social, concepto de connotación marxiana que trae a la memoria la *clase* social, podría muy bien adentrarme ahora en un terreno pantanoso por lo polémico al señalar que el lenguaje científico que aquí se discute no tiene nada de popular o democrático, puesto que está producido por una elite económica emparentada con el poder político, y ya se sabe que en nuestras democracias occidentales ambas cosas van juntas. Pero no seguiré ese camino o al menos no iré hasta el fondo del asunto, pues no es éste el foro adecuado para dicha tarea. En cambio, sí que me propongo señalar palabras y expresiones –científicas o de la jerga diaria– que se refieren a lo mismo en ambas orillas del Atlántico y que provocan disensiones entre los traductores de textos relacionados con la medicina.

A este problema –o lo que sea– se le debe sumar otro, y es que, nos guste o no, la medicina está sometida en la actualidad a la dictadura del inglés, lengua que –al igual que en otras épocas el latín, el español o el francés– es cualquier cosa menos inocente, puesto que su carácter imperial se lo impide. Dicha dictadura y la multiplicación de las comunicaciones a través de los medios electrónicos han generado una tendencia impensable en otra época reciente, la de la frecuentación cotidiana de las publicaciones en lengua inglesa por parte de un gran porcentaje de médicos de habla española, que sin conocer muy bien la lengua de Shakespeare son al menos capaces de enterarse de lo que tales publicaciones les cuentan (o al menos eso creen). El resultado es que un número altamente peligroso de palabras inglesas se castellanizan en los diferentes ámbitos del español de acuerdo con similitudes fonéticas casuales, no con significados semánticos, y ello hace que la jerga científica en nuestra lengua esté hoy llena de neologismos ingleses mal contruidos, falsos latinismos y divergencias artificiales que hubieran podido evitarse.

Dado que una ponencia es algo que considero como un *happening* oral más que como un texto escrito, dedicaré mi exposición a analizar algunas de las palabras o expresiones en lengua española que

se adentraron por caminos diferentes durante el proceso de especiación lingüística y que caracterizan a los médicos traductores de ese vasto ámbito imaginario de la cultura que Carlos Fuentes llamó hace años el Territorio de La Mancha.

(Continuará... en directo durante el Congreso. Quedas invitado, lector.)

El autor intervendrá en el I Congreso con la ponencia: “Variantes en la terminología de las publicaciones médico-científicas en lengua española: ¿es posible consensuar un lenguaje común?”. Área: medicina.



Manuel Talens

(Granada 1948)

es novelista, traductor y articulista en la prensa y en los medios electrónicos de lengua española.

Ha publicado hasta la fecha dos novelas, *La parábola de Carmen la Reina* (1992) e *Hijas de Eva* (1997) y tres libros de relatos, *Venganzas* (1995), *Rueda del tiempo* (2001, Premio Andalucía de la Crítica 2002) y *La sonrisa de Saskia* y otras historias mínimas (2003).

Como traductor, además de una intensa labor en los medios alternativos de Internet, especialmente en *Rebelión*, donde forma parte del grupo de traductores habituales, ha vertido al castellano textos de ficción, semiótica, psiquiatría, teatro, ensayo y cine, de autores que van desde el francés Georges Simenon al inglés Tibor Fischer o a la estadounidense Edith Wharton, pasando por Groucho Marx, Paul Virilio, Blaise Cendrars, Derek Walcott, Georges Hyvernaud, Geert Lovink, James Petras, Donna J. Haraway o el Groupe µ.

En la actualidad prepara la edición de su tercera novela (*La cinta de Moebius*, que aparecerá en octubre), la edición en papel de los ensayos cinematográficos *Cuba en el corazón* y una antología de artículos periodísticos.